

PATRICIO PRON: EL MUNDO SIN LAS PERSONAS
QUE LO AFECTAN Y LO ARRUINAN (2010)

ABEJAS

Para Anna-Kazumi Stahl

Mi abuelo notó que las abejas estaban molestas. Aunque hacían lo mismo de siempre, zumbaban e iban de un lugar al otro, él supo que algo o alguien las había molestado, y yo entendí que él lo había notado porque vi que frunció la nariz como solía hacer mi padre después del accidente en la fábrica.

Recuerdo todo claramente porque no sucedían demasiadas cosas en Blaustein y, cuando algo pasaba, te quedaba fijo en la memoria durante años. Esto pasó un verano, cuando las abejas están más ocupadas haciendo la miel y vuelan incesantemente en oleadas rubias como los habitantes de una ciudad desproporcionada.

En los días siguientes, mi abuelo se quedó mirando fijamente la colmena, descuidando las cosas de la casa. En cierta forma, él era como las abejas, era incapaz de cualquier cosa cuando algo lo preocupaba. Mi abuelo tenía sus planes. Por las mañanas, lo escuchaba lidiar con los platos en la cocina, llenar de café un termo y salir. Entonces me vestía sola e iba a la cocina a comerme los restos del desayuno del abuelo. Al mirar por la ventana, lo veía alejarse entre los árboles del fondo de la casa.

En esa época vivíamos casi en las afueras de Blaustein y el abuelo tenía su colmena al final de nuestra propiedad. Me imagino que allí se escondía a vigilar al intruso. Yo comía y hacía las tareas de la escuela o simplemente me sentaba en los esca-

lones de la puerta trasera para ver trabajar al abuelo. Por eso lo vi antes que él. Era el mayor de los Fischer, que dejaba su bicicleta en el camino y daba un largo rodeo para meterse en el fondo de la casa. Yo sabía que el abuelo llevaba su escopeta siempre consigo, así que corrí para avisarle, y lo encontré echado en el piso sobre una lona verde. Tenía la escopeta apoyada en el antebrazo derecho y me hizo una seña para que me tendiera a su lado. Lo hice, y entonces vimos al mayor de los Fischer saltar la valla y perderse por un instante entre los troncos de los árboles. Al salir, estaba junto a la colmena. Mi abuelo no soltaba la escopeta, y quise decirle que no disparara, que sólo era el mayor de los Fischer, pero me hizo una seña para que no hiciera ruido. Miré hacia adelante de nuevo y vi que el chico estaba de pie observándolo todo. Aunque sólo era otro de los del pueblo, y a menudo lideraba la banda de los que me insultaban en la escuela, a mí me pareció muy valiente, de pie, allí, sin importarle el amenazante zumbido de las abejas alrededor de su cabeza rubia. El mayor de los Fischer dio media vuelta y se marchó en dirección al camino.

Esa tarde comimos en silencio. Después el abuelo se puso su traje y fue hacia la colmena. Yo lavé los platos, subida a un cubo. Al atardecer, mi abuelo me hizo señas de que subiera a la camioneta. Noté que la parte trasera tenía una lona por encima pero no hice preguntas. Mi abuelo fue hasta el pueblo y luego un poco más allá. Nos detuvimos frente a una casa de tejas de madera gastadas. Salieron a recibirnos dos niños más pequeños que yo, pero al fondo pude ver la cabeza rubia del mayor de los Fischer asomándose temerosa.

—Frank —dijo por todo saludo un hombre que salió de la casa.

Era enorme y se llevaba continuamente las manos a los fondillos del pantalón, como si las tuviera sucias y quisiera ocultarlas de nuestra vista. Al mirarlo, noté que se parecía al mayor de los Fischer, supongo que porque era su padre, y que su rostro era rojo como una cereza.

El hombre nos hizo pasar a la casa.

—María —dijo a una mujer que salió de la oscuridad del fondo de la casa a nuestro encuentro—, ¿recuerdas al señor Steuer?

—Seguro —dijo la mujer—, ¿cómo está —la mujer dudó un segundo, en el que yo pude imaginar que pensaba en mi padre, en mi abuela, en algunos de nuestros muertos— usted?

—Muy bien, gracias —dijo mi abuelo.

Nos sentamos en unas sillas incómodas en las que a mí me colgaban los pies y nos quedamos en silencio un rato. Sólo oía la tos de uno de los tres niños, que se apiñaban asustados en el fondo del cuarto, y mi respiración. María sirvió tres tazas de café. Al mío le puso leche —aunque yo odio el café con leche— y luego se quedó de pie detrás de su marido, secándose las manos en su delantal. Eso de restregarse las manos tenía que ser alguna clase de costumbre familiar.

—Muy buen café —dijo mi abuelo.

Los años viviendo solo después de la muerte de mi abuela no lo habían hecho muy bueno para las conversaciones.

El señor Fischer asintió con gravedad sin dejar de mirar el fondo de su taza, como si mi abuelo hubiera dicho una de las verdades de la vida. María se sobresaltó y todos la miramos sorprendidos. Se dio vuelta y cogió de una caja tres galletas, que puso frente a mí en un plato. Los niños Fischer estiraron el cuello y pude ver que esas galletas eran muy importantes para ellos.

—Come —me dijo mi abuelo.

Aunque yo no tenía mucha hambre, me llevé una a la boca por cortesía.

Nos volvimos a quedar en silencio hasta que, sin preámbulo alguno, mi abuelo comenzó a decir:

—He tenido un problema con mis abejas. —Cuando dijo esto, vi al mayor de los Fischer intentar esconder su cabeza rubia detrás de las de sus hermanos—. Uno de tus niños estuvo figoneando en la colmena. Mira —dijo mi abuelo—, no quiero que lo castigues, así empecé yo también en este negocio, pero a mis abejas no les gustan los extraños y cuando alguien viene no dan miel. He pensado que quizá él pueda dejar de hacer—

lo si a cambio yo le ayudo en este asunto. En la camioneta —mi abuelo hizo un gesto con la cabeza hacia atrás— tengo una caja con medio centenar de abejas y una reina que estaba reservando para armar una segunda colmena. Si estás de acuerdo, se la dejaré y vendré dos veces por semana para ayudarle a desinfectarlas y a extraer la miel, todo a cambio de que deje de rondar mi propiedad.

El señor Fischer miró a su mujer, que seguía restregándose las manos en su delantal como si nunca acabara de secarlas. Luego miró a su hijo.

—¿Qué te parece a ti? —le preguntó—. ¿Crees que puedes hacerte cargo de ellas?

El mayor de los Fischer asintió, con una sonrisa de perplejidad. Entonces todos nos levantamos y salimos de la casa. Al salir vi que los niños se abalanzaban sobre las galletas que yo no había comido. Mi abuelo se puso sus guantes y sacó la caja con las abejas de la parte trasera de la camioneta. Avanzó rodeado de algunas abejas que habían escapado de la caja y dibujaban como una nube amarilla sobre su cabeza. Luego amarró la caja con la colmena a un árbol y, mientras lo hacía, estuvo dándole instrucciones al mayor de los Fischer, que lo escuchaba con atención, mirando fijamente la caja con esa expresión de seriedad que suelen tener algunos adultos pero que sólo en pocas ocasiones tienen los niños.

Nadie se movía. El aire mismo parecía haberse detenido sobre las figuras de mi abuelo y del mayor de los Fischer hablando junto al árbol y, más atrás, sobre las de sus hermanos, que parecían haber quedado paralizados por la sorpresa. Entonces el menor se zafó del abrazo de su madre y empezó a saltar alrededor de la colmena. Nadie pareció notarlo al principio, así de pendientes estábamos de lo que mi abuelo decía. Luego todos nos quedamos en silencio, conteniendo el aliento mientras mi abuelo quitaba la colmena de la caja, pero entonces el menor de los Fischer se asustó y empezó a correr en dirección a la casa. Al mirarlo, notamos que un enjambre de abejas, que habían escapado de la colmena cuando mi abuelo

había retirado la caja, lo perseguía. Mi abuelo le gritó que se quedara quieto, pero el niño intentó espantarse las abejas con las manos. Entonces comenzaron a picarlo. En el cuello, en los brazos, en el rostro. Era una inmensa nube de abejas que picaban el rostro del niño. «¡Basta ya! ¡Basta ya!», gritaba la mujer, como si realmente pudiera hacer algo con eso. El señor Fischer había comenzado a andar en dirección al niño pero en mi recuerdo nunca llegó a alcanzarlo, como si se moviera a cámara lenta o sobre arena mojada. Mi abuelo, que había corrido hacia la camioneta, trajo su rociador de humo y roció con él al niño para espantar a las abejas. No pasaban muchas cosas en Blaustein pero, aunque sí hubiesen sucedido, yo seguiría recordando lo que vi ese día. El niño lloraba tirado en el piso, mientras, a su alrededor, montones de abejas morían lentamente. Mientras las miraba, tuve pena por ellas, porque su vida era tan corta y tenía que terminar tan tontamente, pero también sentí pena por mi abuelo, cuya esposa había muerto hacía algunos años, un poco después de la muerte de mi madre y antes de que mi padre tuviera ese accidente en la fábrica y volviera conmigo a Blaustein a dejarse morir mirando un paisaje monótono que no era el de su infancia —en el que había minaretes y quizá también, pienso ahora, oliera a ajonjolí y a té y a hierbabuena, a cosas que yo podía ver si abría sus antiguas cajas pero no comprender, y que traía del otro lado del mundo— sino el de la infancia de su esposa.

Mi abuelo curó rápidamente al menor de los Fischer mientras el señor Fischer abrazaba a su mujer, que no paraba de llorar. El mayor se había escondido detrás de la casa, como si él fuera el culpable de todo. Yo pensaba que tenía que tener pena por el niño, pero, en realidad, sólo sentía pena por mí, porque mi padre se había muerto y nunca había llegado a aprender el alemán, sino sólo a decir unas pocas palabras que yo había escuchado y quizá otras que le dijera a mi madre, otras cuyo significado yo sólo comprendería ahora pero que nunca le escuché decir porque era muy pequeña cuando mi madre murió, de una enfermedad que a mí me gusta pensar que la mató

como aquella tarde murieron las abejas, de golpe y casi sin notarlo.

Cuando volví a mirar, el menor de los Fischer sonreía. Sus hermanos se le habían acercado y él empezaba a mostrar sus picaduras con el orgullo de un sobreviviente. Mi abuelo balbuceaba una excusa, que yo no alcancé a escuchar, ante el señor Fischer y su esposa, que se secaba histéricamente las manos en el delantal. Mientras caminábamos hacia la camioneta, miré a mi alrededor y noté que ya no había más abejas y que el aire estaba limpio y frío. A mis espaldas, pude escuchar a la mujer del señor Fischer, que le decía algo. No pasaban muchas cosas en Blaustein pero, incluso aunque hubieran pasado, yo seguiría aún acordándome de lo que ella dijo porque fue la primera vez que lo escuché y su significado, el paréntesis que abriría en mi vida de alemana cada vez que alguien lo dijera, me estremeció y me hizo sentir una intrusa. La mujer dijo:

—No necesitamos nada suyo. Dile que se lleve sus abejas a otra parte. Y también a esa turca de mierda.